

La Vida Bochornosa  
del Negro Carrizo

PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA CORTA «GIRALDA» 2015



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2019

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Juan Ángel Cabaleiro, 2019

Ilustración de cubierta © Raúl Arias, 2018

IBIC: FF

ISBN: 978-84-16968-68-8

Depósito legal: M-41929-2019

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Medianil Gráfico

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# La Vida Bochornosa del Negro Carrizo

Juan Ángel Cabaleiro



# Índice

Prólogo	9
<b>VERANO DEL 86</b>	<b>13</b>
Uno	15
Dos	19
Tres	23
Cuatro	27
Cinco	31
Seis	35
Siete	41
Ocho	45
Nueve	49
Diez	53
Once	57
Doce	61
Trece	67
Catorce	71
Quince	73
Dieciséis	77
Diecisiete	79
Dieciocho	83
Diecinueve	87
Veinte	91

Veintinuno	95
Veintidós	99
<b>INVIERNO DEL 86</b>	<b>101</b>
Veintitrés	103
Veinticuatro	107
Veinticinco	113
Veintiséis	119
Veintisiete	123
Veintiocho	127
Veintinueve	131
Treinta	135
Treinta y uno	139
Treinta y dos	143
Treinta y tres	147

# Triste, solitario y final

ME MOTIVA ESPECIALMENTE presentar a los lectores españoles una nueva novela del escritor argentino Juan Ángel Cabaleiro por su calidad literaria. Este autor, que confirma su trayectoria vinculada a la literatura negra, viene a ser a Tucumán lo que James Ellroy a Los Ángeles o Barry Gifford a Nuevo México. Si me permiten la comparación audiovisual, y viene al caso, Cabaleiro también tiene bastante de David Lynch, en tanto que desenmascara con lucidez las metáforas con que se disfraza el poder para perpetuarse.

Prácticamente desconocido en España hasta que en 2017 obtuvo por unanimidad el XX Premio Francisco García Pavón de Narrativa Policiaca con *El secreto de La Quebradita* [LITERATURA REINO DE CORDELIA, n° 82], Cabaleiro engrosa ya esa interesante nómina de autores argentinos centrados en la novela negra que, aun presentando intereses y registros personales e incluso contrapuestos, ofrecen características comunes, propias de su cultura e idiosincrasia, tales como un gusto por la palabra bien dicha, cierta musicalidad en la prosa, una clara tendencia política libertaria y, en ge-

neral, afición por las estructuras narrativas abiertas y apuesta por la imaginación. Destaca también su sentido del humor, la picardía típicamente latina, esa vitalidad y cierta exaltación del erotismo frente a la típica rigidez y el aire cartesiano que respiran de siempre los *bestseller* anglosajones.

No creo que se trate de una generación, pero sí digo convencido que tienen rasgos comunes. Es más, incluso sin dudarlo en esa nómina autores ya consolidados como Carlos Salem, Ernesto Mallo, Raúl Argemí o Guillermo Orsi. Sin olvidar a Osvaldo Soriano, pionero del *noir* latino, que en 1973 escribió la mítica novela *Triste, solitario y final*, que da título a este prólogo, todo un homenaje a los clásicos de la tradición norteamericana, eso sí, desde una perspectiva cultural autóctona.

Si *El secreto de La Quebradita* proponía una investigación periodística en los viciados pulmones del poder, *La vida bochornosa del negro Carrizo* es una aventura de barrio que invita a conocer a bastantes de los personajes que encontramos en *La Quebradita*, pero unos cuantos años antes, más jóvenes aunque no necesariamente más ilusionados.

*La vida bochornosa del negro Carrizo* viene avalada también por otro galardón, el Premio Internacional de Novela Corta Giralda, obtenido en 2015. Se trata, en efecto, de una novela de barrio, centrada en la Bombilla, una de las zonas más deprimidas de Tucumán, que Juan Ángel Cabaleiro describe con la imaginación y lírica de un Luis Martín Santos: «La plaza era un rectángulo de yuyos que cubrían aquí y allá unos bancos rotos, como molares infestados de caries». La miseria impera en Tucumán y especialmente en

la Bombilla, una depresión al Norte de calles sin asfaltar donde en todas partes se forman charcos, huele a prostíbulo barato y a orín de caballo.

El protagonista indiscutible de esta historia ya aparece en el título. El negro Carrizo es un buscavidas que vive de una estafa piramidal. Pone en funcionamiento unos Planes de Ahorro para vender cupones con la esperanza de que nunca salgan premiados y no compensar a sus estafados clientes. Triunfador y chulo, pasea ennoviado a Julia, una chica atractiva aunque con dientes de caballo.

La acción transcurre entre el verano y el invierno de 1986, un año especialmente caluroso, marcado por circunstancias especiales como el paso del cometa Halley y el choque de trenes que supone la confrontación del negro Carrizo y el gordo Reyna. El lector también conocerá otros personajes emblemáticos como el *doctor* Maldonado, capaz de aportar una solución de último minuto «cuando todo está perdido» y alumbrar con su sabiduría extraña, adquirida con una mezcla de observación, astucia y mucha suela de zapato gastada.

Los que hayan leído *El secreto de La Quebradita* encontrarán una explicación ampliada y detallada de ciertas situaciones que allí se daban por sobreentendidas. Quien, por el contrario, lea antes *La vida bochornosa del negro Carrizo* hallará una historia tan anecdótica, pero tan trascendental para sus protagonistas y para los lectores, como para poder ser el hilo del que tirar para llegar a *El secreto de La Quebradita*. Historia de las calles, del barrio. Historia viva de una ciudad.

Contada con enorme vitalidad, con urgencia, sin tiempos muertos, ya en el segundo capítulo Julia y el negro Ca-



rizo están en la cama, o en el sofá. No se me ocurre mejor cierre para esta presentación que recordar cómo se sintieron después: «...como un tigre refugiado clandestinamente en su casa». Disfruten mucho de la lectura porque vale la pena.

DAVID G. PANADERO

Director de la revista *Prótesis*

# Verano del 86

A nadie tengo a mi lado  
porque no busco piedad;  
desprecio la caridad  
por la vergüenza que encierra.  
¡Soy como el león de la sierra:  
vivo y muero en soledad!

ATAHUALPA YUPANQUI

# Uno

ESA DECLINACIÓN hacia el Norte en donde la ciudad de San Miguel de Tucumán decanta los residuos después de una tormenta, el barrio de La Bombilla, hervía en la siesta con olor a prostíbulo barato, entre efluvios de charcos podridos y orines de caballo, como los mercados de abasto o los baños de las estaciones de servicio. Carrizo se internó en sus calles aguijoneado por el pensamiento de la Julia: ¿dónde se habrá metido la negra? Sobre la cara, reseca y dura como la tierra de las calles, el viento, esa bocanada de horno, le depositaba partículas de polvo y le despeinaba la negritud canosa de la melena. Carrizo iba puteando para adentro mientras se recomponía el traje descoyuntado, tan arcaico, tan gris y a rayitas, que le daba un aire entre ropavejero y vendedor de Planes de Ahorro. Cuando se levantaban los remolinos, se cubría la cara con el portafolio y avanzaba achinando los ojos, un poco a tientas.

Llegando a la esquina con pasaje Bordavere vio la casilla: el techo de chapas con una cubierta de auto encima y algunos ladrillos diseminados, las paredes con el entabli-

llado de maderas oscuras, antiguamente pintadas de verde, tal vez, esas que llaman *machimbre* y que parecen las costillas de un monstruo famélico. Un perro negro sesteaba bajo la galería con unas moscas rondándole el hocico. La ventana que daba a la galería estaba abierta y el interior apenas se veía, oscurecido por las sombras. Del lado de afuera habían dejado dos bancos altos de fierro. Un cartelito anunciaba: «Pepsi - El Edén - Pepsi». No había nadie. Carrizo dedujo que se trataba de una sanguchería y encaró ciego en esa dirección. El hambre ya le venía horadando un túnel desde las entrañas hasta ni más ni menos que el alma, y arrastraba visiones y pensamientos funestos.

Como pocas veces, principió en Carrizo la voluntad de un sángoche de milanesa a la otra, la habitual ensoñación de un vaso de vino con soda bien fresquito. O de una cerveza extraída de las entrañas de un glaciar, en su defecto. En eso, en la vereda de enfrente, del otro lado de un gran charco que duplicaba el cielo y los postes enmarañados de cables, vio salir de un rancho pelado a la Julia, que le daba la mano a una señora gorda. Carrizo la adivinaba fracasando en la venta porque veía en la actitud de la gorda las respuestas evasivas, nerviosas, indecisas, armadas de monosílabos y de frases dichas por compromiso, rústicas a más no poder, como las declaraciones de un futbolista. Carrizo negó con la cabeza y le hizo una seña chasqueando los dedos. El perro levantó las orejas y se mantuvo a la expectativa.

La Julia cruzó la calle y se metió bajo la galería.

—Gorda boluda —musitó mientras se acomodaba en el taburete.

La carpeta de la Julia y el portafolio de Carrizo estaban apilados sobre el mostrador, que era una tabla ancha sobre la propia ventana de la casilla.

—No te preocupés. Ahora vamos a comer como los dioses y después se verá —anunció Carrizo.

—¿Viste los fenómenos? —dijo la Julia.

—¿Cuáles?

—Los remolinos que dijeron en *La Gaceta*. Son fenómenos meteorológicos. Acá nunca pasó eso.

—Será por el cometa —ironizó Carrizo—. Ahora todo es por el cometa.

—Además hace un calor que no es normal. Me tiene alterada.

La Julia estiraba el cuello de la remera y mandaba resoplidos oblicuos al esternón, se recogía la melena con una mano y exponía la nuca al aire tibio y ahora inmóvil, o aprovechaba un folleto de Casaplán para abanicarse los cachetes enrojecidos y el cuello. Carrizo, por hacer algo, se puso a mirarla y encendió un cigarrillo.

Después de una larga espera, una morochita bastante pendeja apareció para atenderlos.

—¿Qué se van a servir? —dijo.

De una conservadora blanca horizontal sacó una gaseosa para la Julia y el sifón y el vino para Carrizo. Después se puso a preparar los sándwiches con unas milanesas que parecían papel de biblia. Carrizo fumaba. Desde algún lugar del rancho llegaban los diálogos conminatorios de una telenovela. A lo alto, en el aire caliente del barrio, se mezclaban cumbias diversas. La Julia interrogó:

—¿Hiciste algún Plan?

El negro deglutió de un saque medio vaso de vino con soda y maniobró con el esófago para no eructar ni producir regurgitaciones. Dijo:

—Catorce esta mañana. ¿Vos?

—Todavía ninguno. Me tenés que enseñar, che, sos mi ídolo, negro.

Carrizo llevaba varios días observando el desempeño de la Julia, su entrada en la oficina, siempre un poco tarde después de algún examen de la Facultad (en ese entreacto de vida que al negro se le escapaba por completo), la risa descarada y todavía juvenil, su estratagema de minifaldas o vaqueros ajustados y remera cortita con la nerviosa presencia de las tetas, las sandalias de cuero que dejaba abandonadas junto al escritorio del negro cuando se levantaba a traerle un café.

En cada gesto la Julia acumulaba ese erotismo barrial que ignora las sutilezas y los convencionalismos, labrado en la delgadez perentoria de las treintañeras, contundente y no exento de rotundidades, a punto siempre de desatarse y provocar cataclismos venéreos, y que los hombres maduros como Carrizo empiezan a valorar con especial interés.

La morochita les dejó los sándwiches en dos platitos de plástico junto con unas servilletas de papel y desapareció detrás de una cortina.

—Dale, negro, dame clases particulares de venta, a ver si aprendo —insistió la Julia.

Oír aquella frase melosa le produjo una súbita erección, porque Carrizo presintió que era un anuncio, que se abría una posibilidad cierta de colocársela a la negra. Más tarde la acercaría en el Opel hasta Villa Amalia.

## Dos

YA EN LA CASA, Carrizo se hacía el artista y manoseaba el pubis encrespado y negrísimo de la Julia. La bombacha rosita colgaba ahora del cajón abierto de la cómoda, con ese tono desvaído de las paredes de los viejos almacenes borgeanos del sur de la provincia de Buenos Aires, y de las orquídeas de los cementerios parisinos, podridas y reseca-das mil veces por el sol. El corazón de la Julia, ablandado previamente por la verborrea experimentada de Carrizo, se desbocaba en el pecho con ritmo trepidante. La Julia gruñó, y Carrizo supo que ese era el instante preciso para dar inicio a su obra, el momento clave que solo un hombre como él percibía correctamente en las hembras tucumanas.

Cayeron sobre el colchón y dieron paso a los tiempos rítmicos, enfurecidos, en los que Carrizo sacaba a pasear por las sábanas la bestia que tenía agazapada siempre bajo el pantalón. Ahora había conseguido dominar esa bestia con la mano y soltarla de nuevo desbocada a la entrada de la caverna palpitante que le ofrecía la Julia. El negro, gran administrador de los tiempos y de los beneficios, fue meticuloso y paciente

en su labor, como un comerciante gallego en la suya. Doce minutos más tarde, cuando sus alardes gimnásticos habían dado los primeros frutos, Carrizo dio vuelta a la negra para contemplarle la nuca y el encadenamiento hermoso de sus vértebras. Los dos cuerpos parecían ignorar olímpicamente el calor de febrero, porque persistían en la búsqueda de las más ambiciosas alturas del placer, como dos Ícaros eróticos. El sol de las tres de la tarde, a falta de alas para derretir, les arrancaba chorros de sudor que la espalda arqueada de la Julia canalizaba sabiamente hacia el abismo entre las nalgas, y que contribuía al idilio de la lubricidad en las arremetidas finales. En la sábana iba creciendo el círculo desbordado de las eyaculaciones y en el aire de la pieza evolucionaban efluvios soporíferos, casi viscosos, que maceraban las almas de los dos amantes hasta hundirlos en el páramo de una siesta dulce, breve y algo tardía.

Después, pasado el desquiciamiento erótico y el sueño, Carrizo se dirigió al baño. La puerta era una cortina floreada y las paredes mostraban todavía el revoque fino sin azulejos. Un trozo de espejo colgaba de un hilo azul anudado varias veces a un clavo. Carrizo abrió el grifo y hundió la cabeza en un Itaipú de agua formado por la concavidad de sus manos y se irguió para contemplar su rostro reflejado en el espejo. Se peinó con sumo cuidado y el pelo del negro se fue despojando de sudor para dejar lugar a unos goterones frescos de agua que rodaban como bolas de billar por el cuello y el torso, y que provocaron en Carrizo una nueva erección (pero de esas erecciones postreras, engañosas, cargadas de una presunción estéril, que auguran nulas posibilidades). Se ató una toalla a la cintura y se dirigió a la cocina, donde la Julia,



embutida en un short recortado que él no le conocía, ya tenía preparado el mate con medialunas.

—A vos nomás se te ocurre cambiar un Plan por las consumiciones, negro.

Las palabras de la Julia dejaban traslucir cierto retintín de reproche o de desconcierto, pero la réplica de Carrizo fue implacable:

—¿Te hacés la finolis, ahora?

—No, negrito, me encantaron los sánwiches, te juro.

Carrizo, con el torso descubierto, descalzo y con la toalla rodeándole la cintura, devoraba las medialunas con la voracidad de un Neptuno. Consumado el acto sexual, con el traje y la camisa acomodados en una silla de la habitación, el negro no necesitaba disimulos ni melindres.

La Julia le cebaba los mates en un cacharrito azul de metal y lo observaba como si se tratara de otro hombre, no del mismo Carrizo que le daba directrices en la oficina y que le controlaba las ventas, sino un héroe de las revistas de aventuras que leía de chica; le gustaba verlo comer como un animal, tenerlo sentado ahí, como si fuera suyo, como un tigre refugiado clandestinamente en su casa.

Al rato, cuando Carrizo ya se sentía como nuevo y había encendido un cigarrillo, fue cuando la Julia, armada de valor y de la autoridad que le había otorgado su entrega, le lanzó aquella pregunta insidiosa:

—Che, negro, vos le choreás Planes a la empresa, ¿no?

# Tres

UN DÍA ANTES, el gordo detuvo la camioneta en la calle Córdoba a la altura del ochocientos y apagó el motor, que se fue muriendo entre estertores convulsos y un temblor de latas. Se quedó contemplando el cartel: «CASAPLÁN. Su vivienda por menos de lo que imagina». Y animaba, con letra más chiquita, en una especie de susurro al paseante desprevenido: «¡Consiga su vivienda ahora, con una mínima cuota mensual!». Está bien, pensó el gordo, pero... ¿cómo?

En la vereda de enfrente, justo detrás del cartel, habían construido un chalecito de madera de dos pisos en medio del terreno. Era como esos bungalós que se ven en los campings de segunda categoría, pero más alto y más enclenque. Llamaba la atención porque parecía de juguete, pero más que nada porque desentonaba con las construcciones vecinas, casas viejas con fachadas altas o edificios sin jardín. El gordo cerró entusiasmado la puerta de la Chevrolet y cruzó a preguntar.

La Julia lo recibió en la puerta con su sonrisa caballuna, hizo un par de comentarios simpáticos y lo invitó a recorrer

la casa. En la planta baja del chalé, con una ventana que daba al imaginario jardín delantero, estaba la cocina, que se entregaba con todos los accesorios. Cruzando el minúsculo hall, en lo que vendría a ser el living de la casa, habían organizado una oficina, con escritorios y todo, pero la Julia lo invitó a soñar la distribución que haría de sus propios muebles. Después, el gordo tuvo que subir a la planta alta por una escalerita de madera que se quejaba aparatosamente al recibirlo. Arriba estaban las tres habitaciones de la casa. La principal daba a un balconcito decorativo, inútil para cualquier actividad, incluso la de los suicidas, y al que el gordo no se arriesgó a pasar. La Julia le garantizó que en esa habitación cabía perfectamente una cama matrimonial y lo condujo rápido a la dependencia mediana, que estaba vacía y aun así daba sensación de agobio, quizá por el techo inclinado que cercenaba con alevosía el espacio. En la habitación más chica estaba comprimido el despacho del dueño de la empresa, apenas entreabierto a los curiosos.

Otra vez abajo, la Julia invitó al gordo a sentarse y le explicó que todo lo que acababa de ver podía ser suyo gracias a esa maravilla: los Planes de Ahorro. El gordo ya había participado antes en cadenas de cartas que garantizaban convertirlo en millonario, en métodos infalibles para apostar a la quiniela y otras trapacerías similares, pero los Planes de Ahorro eran algo nuevo, con aura de ciencia económica y de garantías empresariales. Salió con el contrato firmado y el recibo de la primera cuota en una carpetita de la empresa.

Durante el recorrido por la vivienda, el gordo Reyna había analizado con mirada profesional los detalles de los ce-

rramientos, la endeblez de los ventanucos y la desidia con la que habían guardado el importe de su cuota en un cajón. Cuando puso en marcha la Chevrolet ya tenía decidido dónde daría el siguiente golpe.

## Cuatro

—**CHOREAR, CHOREAR, NO** —reconvino Carrizo—. Lo que hago es cobrarme lo que me deben, indudablemente. ¿Vos sabés que hace cinco meses que no me actualizan?

Carrizo hablaba como un catedrático de cafetines. Decía «máxime», abusaba de los adverbios terminados en «mente», maquillaba las gansadas que decía elevando el registro con circunloquios y perífrasis estrafalarias, choreaba frases leídas en las cartas al director de *La Gaceta*, se adjudicaba parentescos apócrifos y remotas amistades comunes. A veces fingía sincerarse y darles la razón a los interlocutores, que siempre acababan firmando Planes o bajándose las bombachas.

—Qué raro, che, porque yo vengo cobrando bien las comisiones.

La Julia estaba de espaldas sacudiendo el mate para cambiarle la yerba y Carrizo pudo contemplar el temblor emocionante de las nalgas.

El short deshilachado dejaba escapar esos volúmenes que ahora el negro podía considerar parte de su cosecha

personal, de las piezas que engalanaban sus años maduros y que lo animaban todavía a nuevas y más notables conquistas. Carrizo, que había oído perfectamente a la Julia, encendió un cigarrillo sin hacer comentarios, porque no iba a ofender a la negra comparando sus propias cifras de Planes con las de ella, tan escasas que hasta Casaplán podía solventarlas sin demora. La Julia continuó:

—Yo me di cuenta porque vos presentás pocos Planes en la oficina, pero cuando salimos por los barrios siempre vendés un montón. Yo, desde ayer, que le hice un Plan a un gordo en la oficina, no vendí nada más. ¿Cómo hacés, negro? Enseñame.

«Enseñame». Carrizo no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Imaginó revelar lo imposible de revelar, ese carisma innato para las ventas del que él mismo no era del todo consciente, como un animal no es consciente de sus instintos ni una sinfonía de su poder balsámico sobre las fieras. El arte de engatusar a un cliente (como tampoco el de subyugar a una hembra) no es asunto que ni la Julia ni nadie fuera a aprender nunca, ni con él ni en las clases de la Facultad, donde Carrizo sabía que ella estudiaba la carrera de Letras o de Literatura, o alguna otra pelotudez.

Pero sí le podía revelar (y el hecho de hacerlo asomaba al negro al borde de un abismo peligroso) la otra maniobra, la engañifa secreta que multiplicaba sus ingresos. ¿Se la revelaría? La Julia, en cualquier caso, ya lo sospechaba y era mejor tenerla de su lado. El negro, aunque ignoraba los cuestionamientos morales, temió por un momento que esa revelación significara descender algunos peldaños en la estimación que la Julia le tenía, pero valoró enseguida que

compartir esa revelación, un secreto, una trampa, estrechar vínculos con ella mediante cierto grado de complicidad, aunque implicaba algún riesgo menor, le aseguraba un futuro pródigo en eyaculaciones.

—Sentate, negra. Te voy a contar cómo funciona esto —dijo.